

Prólogo

Jorge Luis Marzo

“La profecía es, sobre todo, un fenómeno mediático”. Me parece muy relevante que Roc saque esto a la palestra pronto. La videncia debe ser “expuesta”, debe socializarse, y no hay profecías privadas aunque se presenten como tales. Ahí está el show de la Pitia, una joven virgen sentada sobre el trípode, drogada por vapores que salen del suelo, diciendo cosas incomprensibles que después son traducidas por los sacerdotes previo pago de unas cabras. Todo a la vista. La tele. Los efectos políticos de la publicitación de la posesión del secreto son tan o más importantes que los provocados por la falta de acceso al contenido del mismo, advertían Derrida y Arendt. La economía oracular es, antes que nada, un régimen de biopoder que se sustenta en aparatos de adhesión destinados a suscitar la emoción de la apuesta.

Hemos conocido montones de ellos. Es una continuación del casino por otros medios: condicionar lo que ocurrirá al disponer de un secreto que afectará a las reglas, diciendo además que se tiene. La ludopatía generada alrededor de la plusvalía funciona además como lubricante en la vocalización del pronóstico, en una lógica de mercado concursal de futuros y riesgos, en el que los afectos se derivan de la competición por el acierto. Competir por el futuro sólo se puede hacer plegando activamente la realidad circundante para obtener resultados. La hiperstición, que así se llama ese ejercicio de plegado, viene a definir la ficción performativa que crea las condiciones para que lo imaginado tenga realmente

lugar. Pero no puede evitar la casualidad ni puede prever todas las cadenas causales que deberían hacer posible el éxito de la apuesta. ¿Qué pasa con lo que no tiene precedentes?, se pregunta Roc.

En *Dip in the Pool*, una ficción breve de Roald Dahl publicada en 1952, el pasajero de un crucero transatlántico apuesta todo su dinero en un concurso para determinar la distancia que el buque recorrerá en un día, con la esperanza de ganar una fortuna. Habiendo apostado él por un trayecto lento a la vista de las tormentas sufridas durante la travesía, pronto se angustia al observar que aparece la bonanza y el barco navega a toda máquina. Entonces se le ocurre la idea de lanzarse al mar, de modo que la nave deba detenerse para rescatarlo, perdiendo así el tiempo necesario que le permita ganar el concurso. Asegurándose que una señora mayor presente en cubierta sirva de testigo y dé la voz de alarma, salta por la borda. Sin embargo, la señora es demente. Cuando aparece su cuidadora y le comenta lo que ha presenciado, ésta le responde, escéptica: “Bobadas”, y se la lleva para adentro.

El presente se esfuma por no cubrir toda probabilidad de futuro. El jugador se ahoga porque no hay planes suficientes para tanta contingencia. En esta subasta cronopolítica no se trata tanto de saber lo que pasará sino lo que no debería pasar. Y eso es lo que se publicita, el riesgo de la impredecibilidad. El oráculo siempre cuenta lo que no sucederá; de todas las interpretaciones posibles de la Pitia, la gran mayoría no tendrán lugar. Es decisión particular a lo que le daremos sentido y a lo

que no. A eso se reduce el libre albedrío estadístico, a una elección afectiva de los mensajes ventriloquiales.

La elección de Ananké (la *necessitas* de los romanos) que hace Roc al arrancar nos empuja enseguida en la mejor dirección para comprender la condición patológica de la veridicción, del aparente decir veraz de la videncia. Ananké era considerada madre de las moiras e hija de Cronos. Es un asunto que se inscribe enteramente en la esfera de la cronopolítica, pero también en el de la arqueología biotécnica, pues la división operacional que aquel relato afirmaba escondía una primera perturbación en el modo de preguntarnos por el tiempo. Hay diversas genealogías y mitografías de las tres hermanas moiras (que los romanos asimilaron en las parcas, Nona, Decima y Morta) y que se ocupaban de la vida de las personas en una perfecta división del trabajo. En la versión griega más popular, Cloto, la menor de las hermanas, comienza a tejer en el momento del nacimiento del individuo; Láquesis toma el hilo y lo extiende; y Atropos, la mayor, mete la tijera final.

Lo intrigante es la agencia de Láquesis en este proceso. Descrita en variantes mitográficas como “la que tira la suerte”, se la presenta como si fuera una croupier de vida, sirviendo cartas, dando *chance*, como si la suerte fuera la vía de escape frente a unos números marcados. Esta libertad probabilística que presenta la hermana media -vinculada tanto al tiempo oportunista de Kairós como al lineal de Cronos- ilustra bien el modo en que ciertos modelos afectivos con lo indeterminado contribuyen a engordar los sistemas de participación mercan-

til de la temporalidad. También nos habla de la obsesión por determinar su cadencia, fuente etimológica de la *chance*, de aquello bueno que cae y que interrumpe la lógica del juego. Pero tampoco es menos cierto que describe ciertas ventanas de oportunidad que pueden ser cruzadas con una actitud más indisciplinada. La partida que se juega con Láquesis determina el momento fatal en el que aparece Atropos. La mirada insurrecta que Roc proyecta en su ensayo no tiene que ver con conocer la cadencia de la suerte y evitar así lo predeterminado, ni con abandonarse a la misma para justificar la ficción de toda predicción. Consiste en el reconocimiento de que las tres moiras juegan a las cartas haciéndonos creer que los tiempos que tejen son individuales cuando en realidad son colectivos. La predicción tiene siempre efectos colaterales, pues la contingencia en la vida individual afecta sobremanera el decurso del resto de las vidas. Cada existencia es el mundo, por más descartada que se presente. La profecía es un fenómeno mediático porque la estadística tiene un alcance universal, ecuménico, toca algo y lo retoca todo, pero se expresa en voz baja en la oreja, al calor de la fortuna personal. Es, sencillamente, la forma “encantada” o religiosa que adopta la economía competitiva del riesgo en las “sociedades de la urgencia”, gestionada mediante plantillas pero traducida siempre en actos de fe individuales que impiden imaginar el mundo más allá de su conteo. Así, es más fácil imaginar el golpe de suerte o el fin del mundo que poner coto al endiablado sistema métrico que nos encandila con sus avisos y notificaciones.

Roc nos plantea la *necessitas* de construir instrumentos insurgentes, “aparatos de imaginación” contra la predicción industrial; modos y arcanos con los que combatir un modelo de futuro por cálculo, un modelo de tiempo pensado para el mercado de un azar falsificado y que es *horacular* (si se me permite la broma) porque crea vaticinios expresados en pequeñas advertencias, a intervalos precisos, con cadencias controladas, a horas programadas y que justifican una visión holística de la mecánica del modelo. Roc nos recuerda que mediante la actual concepción del riesgo, la incertidumbre no sólo queda equiparada a la amenaza, sino que se convierte en la reina de las alertas, en el eje en el que se vertebra el tejido social, impelido a seguir secuencias determinadas de pilotos rojos que parpadean. La lucha por la imaginación que nos propone Albalat asume la potencia de lo colectivo a modo de fuerza “proactiva” que complique las adhesiones personalizadas a las políticas del riesgo, basadas en el porcentaje de suerte que asigna la moira: “Deshacer la determinación de esta ontología implica hacerla evidente” y revelar la condición mercantil del miedo.

Lo que desconocemos no son las respuestas (que a menudo no son más que el reflejo de un mundo que se hace coincidir con los modelos) sino el tipo de preguntas que nos podemos llegar a hacer. ¿Qué tipo de preguntas no sabemos? ¿Qué tipo de dudas escapan a la probabilidad y pueden construirse con más de un modelo, más allá de estar permanentemente pendiente de *si me aciertan*?